

## INICIO

Han pasado cuatro meses desde que mi hija Victoria salió del hospital. Desde su vuelta a casa no ha tenido otra cosa en mente que pasar todo el verano junto a mí; rechaza la idea de irse unos días junto a su padre. Paradojas de la vida, esta apetencia es nueva; siempre ha preferido la compañía de él a la mía.

Ni que decir tiene que este cambio en su elección no me sorprende, porque como dice el refrán “más sabe el diablo por viejo que por diablo”. Soy consciente que cuando pase un tiempo y recupere de nuevo la autoestima perdida, volverá a exhibir su difícil personalidad, al margen de lo ocurrido; tal como ha sido siempre, y que ha sido el motivo de enfrentamiento continuo entre ambas.

Aún recuerdo cuando recién cumplidos los 14, nos comunicó a su padre y a mí que a partir de ese momento sería ella quien distribuiría su período vacacional. En principio pensé que se le habría despertado el gusanillo de la independencia, aunque era pronto para ello, o que la revolución hormonal estuviese abriendo camino, y pretendiese irse con sus amigas o con algún chico que hubiese conocido. Pero no fue así exactamente. Su único deseo consistía en pasar todo el verano con su padre.

—¡Tú no me dejas ser yo misma. Te opones continuamente a todo! —me reprochaba con gritos y fuera de sí.

Como todo el mundo puede suponer, dejar expresarse a una chica de esa edad significa doblegarse a todas sus apetencias, sean del tipo que sean; a lo que yo no estaba dispuesta.

A pesar de mis objeciones a lo que era uno más de sus caprichos (porque pasar mucho tiempo con su padre significaba un retroceso en su maduración, ya que ambos comparten rasgos de carácter que les hace retroalimentarse cuando están juntos), al final accedí por varios motivos: por un lado no quería conflictos con ninguno de los dos; ya había tenido bastantes en el pasado y la lucha me había dejado exhausta; por otro, ella vivía habitualmente conmigo, con lo cual es lógico que su padre quisiese pasar tiempo con ella. Por supuesto que tuve en cuenta lo conveniente que era en la vida de Enrique tener alguna responsabilidad que le obligase a contenerse en sus excesos. Razones por las que me he conformado con los escasos 10 días con que me ha obsequiado los últimos veranos.

Ni que decir tiene que al conocer su deseo por estar junto a mí en esta ocasión, la ilusión ha sido enorme.

Realmente lo que le ocurre es que está invadida y bloqueada por una sensación desconocida para ella: el miedo. Miedo a no saber cómo evolucionará su enfermedad, miedo a las repercusiones que tendrá en su vida, miedo a no poderse desprender y tener que convivir con algo tan demoledor... ¿Qué chica de 19 años en su misma circunstancia no estaría aterrada? Victoria es demasiado rebelde para conformarse con un diagnóstico tan estigmatizante.

—Mamá, este verano quiero estar todo el tiempo contigo, solas las dos. No me apetece pasar ningún día con papá.

—¿Por qué no quieres estar con él?

—Porque tú eres quien más has sufrido con mis problemas, y quiero recompensarte de alguna forma —dijo con voz zalamera, enternecedora.

(No puede engañarme ni engatusarme como lo hace con su padre y todo el que se preste a sus manejos. En esta ocasión es una

necesidad vital para ella tenerme cerca). Quizás piense que cambiando algunas circunstancias de su vida, desaparezca su problema; pero por desgracia para todos eso no va a ser así.

Desde que Enrique y yo nos separamos, entre padre e hija ha existido una gran complicidad, que ha sido poco saludable para el desarrollo personal de ella.

Él se empeñó en ser amigo de Victoria, con lo cual la relación de autoridad aconsejable no ha existido nunca. Yo diría que ha sido un compadreo en el que se han intercambiado afectos por caprichos, que ha resultado muy ventajoso para ambos: Ella ha obtenido cuanto ha deseado, y él se ha sentido recompensado porque Victoria ha sido su única tabla de salvación afectiva durante estos años. Lo curioso es que esta actitud tan permisiva de Enrique hacia ella no fue siempre así.

Cuando Victoria era pequeña, casi desde la cuna, estaba obsesionado con inculcarle buenos hábitos a base de una rigidez casi espartana, que a mí me parecía fuera de lugar y era motivo de discusión continua. Una niña de corta edad no podía estar sometida a la disciplina que él pretendía (me negué en rotundo a repetir el esquema afectivo de mi niñez que tanto trauma me había causado).

Yo disfrutaba teniendo a mi hija en brazos, besándola, espachurrándola contra mi pecho, tocándola o simplemente mirándola y observando sus ojitos, su pelo, su piel... Nada me producía más placer que atenderla, sin someter a horario alguno sus cuidados.

Esta actitud tan restrictiva respecto a la niña, cambió al polo opuesto cuando nos separamos; ambos acordamos que sería mejor para la niña que viviese conmigo (por supuesto que yo no hubiese permitido que viviese con él). A partir de ese momento, Enrique optó por la permisividad absoluta, sin darse cuenta que estaba alimentando el monstruo egoísta y narciso que todo niño lleva consigo. Parece que era yo la única consciente de la repercusión negativa que

tendría en el desarrollo de mi hija la laxitud que mostraba; máxime teniendo en cuenta el comportamiento impulsivo que ya de por sí presenta Victoria y que durante demasiado tiempo responsabilizamos a la falta de madurez, que sería transitoria; aunque siempre planeó sobre mi cabeza el fantasma de la genética (Ahora ya todos sabemos que existían causas más graves que justificaban tal actitud, y no sólo era la inmadurez).

Su padre nunca dio importancia alguna a los problemas que iban surgiendo en el día a día.

—No te preocupes tanto, Jimena —me decía—, son los problemas propios de los adolescentes. Es una etapa muy convulsa debido a los cambios hormonales. Estás obsesionada con la niña, y yo creo que todo va bien.

—Tú siempre has sido muy optimista, y esa actitud tuya casi nos lleva a la ruina —le contestaba irritada.

Amparados siempre en la transitoriedad de cuantos problemas iban surgiendo respecto al comportamiento de mi hija, luchamos en todas las revoluciones. Sufrimos la etapa de la negatividad y oposición continua a cuanto se la planteaba (aunque este dato no era muy fiable porque la rebeldía siempre ha sido un rasgo propio de su carácter), aduciendo el padre que la niña tenía una gran personalidad; nos enfrentamos a la hiperactividad y la falta de concentración en los estudios, con el consiguiente fracaso escolar (cuando en realidad era desidia y pasotismo lo que tenía); asimismo luchamos en la liga del rechazo a la comida, y la obsesión por estar delgada; lo que nos llevó a consultar a psiquiatras porque la sombra de una anorexia nerviosa siempre estuvo presente; gracias a dios que su índice de masa corporal se mantuvo en los límites aceptables.

Por supuesto que pasamos por la amenaza de irse de casa si continuábamos exigiéndole que sacase el curso entero. Se refugió en casa de una amiga durante tres días hasta que llegamos a un pacto

con ella, que consistía en que aprobaría las asignaturas entre junio y septiembre. Gracias a Dios que el diablo de las drogas no tocó a nuestra puerta...

El comportamiento de Victoria, desde pequeñita, no era como el de las demás niñas.

Es duro hablar de una hija en estos términos, pero así se escribe la historia.

Continuamente presentaba ataques de ira, con gritos incluidos, cuando se la contradecía; actitud que achacábamos al hecho de ser hija única, nieta única, circunstancias que la elevaban al podio en el universo sentimental de toda la familia.

Cuando contaba 6 años acudimos a un psicólogo con el fin de contrastar la normalidad o anormalidad de las explosiones de cólera que sufría, y el maltrato que ejercía hacia sus juguetes, y a las personas de su entorno. La recuerdo despedazando las muñecas de forma cruel, clavándolas agujas en los ojos y arrancándoles los cabellos a mordiscos, enfurecida y fuera de sí. Incluso las capuchas de los bolígrafos Vic se los metía por cuanto agujerito podía con el fin de hacer daño a cuanto muñeco caía en sus manos. Era cruel con los animales, y era poco dada a los juegos de grupo en las que ella no fuese la figura principal. No mostraba empatía ni simpatía con nadie.

A medida que crecía, los cambios de humor en su personalidad eran la norma. El psicólogo no daba ninguna importancia a cuanto síntoma le relatábamos, y amparado en varios síndromes (el del niño rey, el del hijo de padre divorciados, el de la hiperactividad, el de la impulsividad, el del niño tirano...), nos soltaba un discurso que tenía muy aprendido y que desde luego no era desconocido para mí.

—Victoria es una niña con una gran inmadurez neuronal. Hay que darle tiempo. Es muy impulsiva y no sabe demorar las recompensas, por eso estalla en cólera cuando sus deseos no son